

HISTORIA DE LA ETERNIDAD, CON EL PERMISO DE BORGES

LEONARDO CURZIO

*A la memoria de mi padre
y a sus sorprendentes formas
de hacerse presente.*

Me ha parecido siempre estimulante la posibilidad de vivir varias vidas en una misma existencia. Es, por supuesto, una hipótesis heterodoxa, pero no por ello deja de ser sugerente. Planteémoslo de la manera más llana: ¿Podemos ser nosotros mismos y al mismo tiempo otras personas que han vivido antes que nosotros y también otras personas que probablemente vivirán después de nosotros?

La respuesta canónica sería una negativa terminante. Un individuo es una singularidad irrepetible, un prodigio de la genética que nos hace únicos y por fortuna inclonables hasta el momento. Aún cuando los monstruosos experimentos de algunos médicos estén abriendo la posibilidad de replicar seres humanos, dicen los estudiosos de las ciencias sociales que dos sujetos, con idéntico patrimonio genético, podrían ser totalmente diferentes en función de su espacio de socialización y algunas otras variantes contextuales que determinan las particularidades de un individuo. Por evocar nuevamente a Ortega, el hombre es él y su circunstancia. La circunstancia haría a nuestros otros yo tan similares pero tan independientes



Leonardo Curzio Rivera

de nosotros mismos como lo son nuestros hermanos, que comparten el mismo patrimonio genético pero pueden resultar en muchos casos seres imprevisibles y llenos de misterio para nosotros. La vida de cada cual es una experiencia intransferible.

No quiero especular demasiado sobre el tema, pues no dispongo de los elementos de comprobación necesarios para dar cuerpo a la hipótesis. Me encuentro en estos temas en esa etapa descrita con maestría por Bachelard, en la cual las ideas no han cuajado, son todavía ensoñaciones vaporosas, sin forma definida. Esa fase del pensamiento, previa a la aparición de la idea, en la cual los contornos no son todavía precisos y las posibilidades de establecer relaciones erróneas entre las cosas son enormes, pues navegamos en un mar de intuiciones, de figuraciones, presagios y sospechas. Las interrogantes afloran como inquietudes y por momentos sentimos que formularlas puede ser o una impertinencia o un despropósito: ¿por qué hay momentos en los que nos reconocemos en los demás como si ellos fuesen nosotros mismos? ¿Cuántas veces al mirarnos al espejo hemos visto a otra persona? ¿Cuántas veces nos han dicho: esa mueca es igual a un gesto de tu abuelo? ¿Cuántas veces en la soledad más absoluta hemos pensado en otras vidas anteriores? Y finalmente ¿Cuántas veces al ver la fotografía de un pariente muerto recreamos la circunstancia y tenemos la impresión de regresar al pasado?

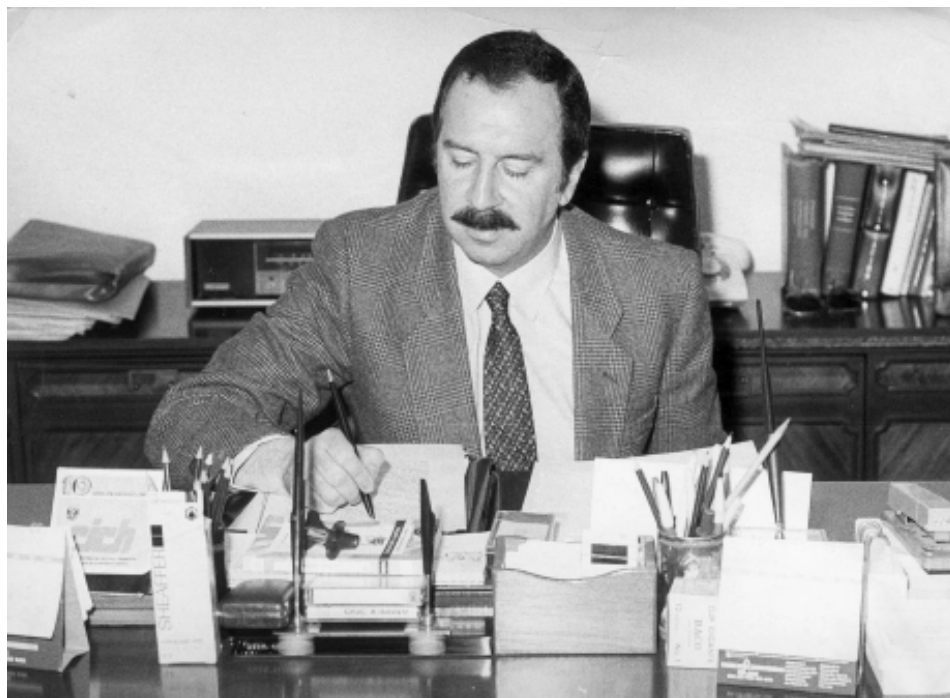
Todos, estoy seguro, hemos experimentado la extraña sensación del “*dejà vu*” o ese inquietante escalofrío que recorre nuestra espalda cuando llegamos a un sitio nuevo para nosotros pero en el que reconocemos que ya habíamos estado allí aunque nuestra propia biografía consciente lo niegue con rotundidad. Seguramente hay mil razones que explican estos fenómenos del inconsciente, pero no es mi

propósito sacar a la luz la verdad fisiológica o semiótica que los sustenta, sino la sensación íntima que estas experiencias nos dejan y pueden llegar a marcarnos de una manera indeleble.

Sería palpitante poder reconocer que además del código genético y el apellido, nuestros antepasados nos legan algo más. Sería conmovedor saber que en lo más recóndito de nuestros genes hay experiencias vitales, viajes remotos, lecturas nutricias, amores imposibles, nostalgias de emigrantes, lenguas olvidadas y una capacidad de leer nuestra vida a partir del patrimonio que nos viene heredado con nuestra existencia.

¿Podemos ser nosotros mismos y al mismo tiempo nuestros padres, abuelos, bisabuelos o por lo menos una parte de ellos? Es lícito suponer que al igual que los ojos verdes, la estatura y la calvicie nuestros padres nos hereden algo de su propia vida en una forma codificada que nos es imposible comprender en su totalidad pero de pronto aparece como relámpago en cielo despejado y cual revelación imperfecta por la forma fulmínea en que se presenta nos adivinamos en lo que ya no están.

A mí por lo menos me sucede con frecuencia. He visto varias veces al caminar por las calles de la Colonia Condesa la eternidad de Borges y me parece que al doblar una esquina aparecerá de nuevo mi padre con su irrenunciable suéter así se estuviese cociendo la ciudad de calor. Todavía hoy me sucede, como gesto maquinal y protector, el cargar un suéter a todos lados, una suerte de atavismo paterno que no consigo explicar. Hay muchos otros gestos cotidianos como el ponerme todos los días la corbata que me parece que los está haciendo él por mí. Es una tontería, lo sé, pero es tal vez la forma más sencilla que tienen los difuntos de acompañarnos. Me sucede lo mismo con otros parientes muertos que se obstinan todos los días en hacerse presentes, no



Leonardo Curzio Rivera

como recuerdos sino como gestos propios, que estoy seguro que ellos hacen por mí.

La experiencia de vivir una parte de la vida de los demás no es del todo inexplicable para un melómano. La música tiene propiedades no inteligibles de movernos de un siglo a otro con pasmosa celeridad o de crear un inexplicable ambiente íntimo al sonar de unos acordes, pero volvamos al argumento central ¿podemos vivir a través de nuestras vidas, fragmentos de otras vidas? Me parece que como ejercicio íntimo es indudable. Yo vivo, como muchos otros, haciendo cosas impulsado por mi padre y probablemente por varias generaciones que me han legado impulsos inconscientes y poderosos que conducen mi existencia.

Nunca sabremos con precisión cuál es el secreto de la vida. Mi hija Paula sostiene que el secreto de cada biografía se encuentra en una inaccesible biblioteca turca que resguarda el volumen de cada uno de nosotros. En cada uno de estos libros está escrita nuestra historia y nuestro futuro. Somos, dice Paula, historias ya

escritas en el pasado. Por supuesto ésta es una licencia literaria de mi hija, la biblioteca otomana es una creación de su ingenio, pero estoy seguro de que en nuestros cuerpos, en el mapa de nuestros cromosomas, existe un indescifrable texto escrito por nuestros antepasados que nos permite vivir nuestra propia vida y al mismo tiempo tenerlos presentes en nuestra propia humanidad.



LEONARDO CURZIO GUTIÉRREZ

Doctor en Historia con especialidad en el área de Ciencias políticas y estudios regionales. Estudió la licenciatura y la maestría en Sociología en la Université de Provence, Francia, y el doctorado en la Universidad de Valencia. Investigador del Centro de Investigaciones sobre América del Norte (UNAM) y profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Es director del sistema de noticias Enfoque, redactor de CNN y comentarista de TV Azteca. Entre sus últimas publicaciones sobre teoría política y seguridad nacional destacan: *Los dilemas de la lucha antiterrorista*, Foreign Affairs en español (2003); *La seguridad hemisférica: balance y perspectivas en seguridad hemisférica*, México, UNAM, 2003, *The Evolution of Intelligence Services in Mexico*, Transnational Crimes and Public Security, Center for US-Mexican Studies, UCSD, 2002 y *Gobernabilidad, democracia y Video política en Tabasco: el gobierno de Roberto Madrazo*, Plaza y Valdés, México, 2000.